

Palabras del Presidente de la República, José Mujica, correspondientes al 17 de octubre de 2014.

Amigos, alguna vez, inevitablemente, uno tiene la necesidad de anotar más allá de los fogonazos diarios y permanentes algunas de esas cosas más profundas que son determinantes, que llevamos dentro y que en alguna medida nos empujan a lo largo y a lo ancho de la vida. O diría mejor, utilizando aquella imagen de un viejo proverbio hindú: “Los hombres y las mujeres vamos atrás de las ideas como la carreta tras los bueyes”. Desde ese punto de vista y tocando algún tema de carácter central, personalmente, nos sentimos hondamente republicanos, hasta el hueso.

Recordando que las repúblicas vinieron a la historia política de la humanidad a suscribir con fuerza la idea básica de que los seres humanos somos iguales y de que nadie es más que nadie. Desde ese punto de vista la repúblicas modernas significaron en su advenimiento un no al carácter divino de las monarquías y un no a la herencia de sangre de las viejas noblezas, de los condes, los duques, los marqueses, etcétera.

Esto, que es muy elemental, se pierde frecuentemente en el pensamiento y en el sentido de la gente. El republicanismo y con él la idea de democracia representativa, con todas las críticas que puede merecer y que establece en su credo básico no solo que nadie es más que nadie, sino además que las grandes decisiones básicas las toma la mayoría, para nosotros componen un factor cuasi religioso en materia de definición.

Si las grandes mayorías son las que definen quienes republicánicamente intentamos representar parte de esas grandes mayorías, en mi humilde credo personal pienso que no debo apartarme demasiado de la forma mediana en que viven esas grandes mayorías y no incurrir en el camino de vivir como vive una minoría económicamente privilegiada, a la cual no cuestionamos en absoluto, ni cometemos el error de pensar que es mejor o peor. De ninguna manera, no son tan simples las cosas. Pero sí decimos con franqueza que nuestra forma de vida, nuestros valores, nuestra manera de andar, está pegada al término medio de cómo viven las grandes mayorías de este país.

Por esto nos han hecho fama de presidente pobre y cuestiones por el estilo. No aceptamos, no somos pobres, para nosotros la definición de pobreza es la de los Aimara, pobre es el que no tiene comunidad, y nosotros cuando vamos por la calle, ¡vaya que tenemos comunidad!, ¡vaya que tenemos gente, amistad, cariño de muchísima gente! Jamás podremos decir que andamos solos por el mundo, esa es una riqueza no material que no necesariamente se puede comprar con plata. Por eso, no somos pobres, somos sobrios, con una sobriedad elegida y premeditada, que no empieza hoy, que no es de antes de ayer, que tiene largos años porque es una opción de vida: vivir con poco, con lo justo, con lo necesario, para tener tiempo. Si tengo demasiado me tengo que perder muchísimo tiempo en atender esas cosas. Si tengo lo justo, vivo liviano de equipaje y me queda la mayor cantidad de tiempo posible para hacer esas cosas que a mí me motivan.

Otro puede sentir motivaciones por otras cosas y gastará el tiempo de su vida en lo que más le guste, ese es el margen de libertad individual que nos queda arriba del planeta. Después está la otra, la libertad en el sentido colectivo, pero hay una libertad individual que significa tener

tiempo de la vida. Recordemos que la vida no se compra, la vida es algo que se nos está yendo permanentemente. La vida es casi un milagro y, como tal, hay que defenderlo y, como tal, hay que defenderla, quererla y procurar gastarla en aquellas cosas que nos motivan, porque la felicidad posible es esa y esa está arriba del planeta, está con nosotros y se nos va.

Entonces, esta conjunción de ideas de lo que es lo republicano, de lo que es la representación y de lo que es la sobriedad para vivir, componen un paquete que a lo largo del tiempo hemos practicado y que tiene muy hondas raíces muy viejas.

Cuando llegamos al Parlamento establecimos por primera vez un criterio de hacer un fuerte quite a nuestros sueldos para componer un fondo de servicio para dar crédito a esa gente humilde a la que nadie le da crédito para comprar un caballo, por ejemplo, para comprar un carro o una máquina de coser, alguien que está luchando por la vida. Ese fondo funciona hasta hoy y ha sido nutrido por el aporte obligatorio que tienen que hacer nuestros legisladores. Es la misma expresión que hemos aplicado como presidente. Sabiendo que con estas cosas no se cambia el mundo pero se contribuye, por un lado a mejorar aunque sea una partecita pequeña del mundo, pero por otro lado para establecer en los hechos un compromiso y una forma de vivir acorde con nuestro discurso, con lo que pensamos. Ser coherentes entre lo que decimos y lo que hacemos, esto es la conjunción precisamente de estos años.